

DISCURSO DEL DR. SALVADOR ZUBIRAN, AL ENTREGAR LA PRESIDENCIA DE LA ACADEMIA *

Presidir las labores de esta docta Academia, constituye sin duda alguna el más alto honor que se confiere en nuestro país a un médico en el ejercicio de su profesión. Es por tanto ese honorífico cargo, la meta que anhela alcanzar quien con amor a su profesión le consagra sus mejores esfuerzos. Llegar a él, conquistar la aceptación de los miembros de esta Academia, es motivo de profunda satisfacción, de orgullo, y al mismo tiempo de gratitud para quienes le dieron su respaldo y apoyo. Tales sentimientos son los que ahora existen en mi espíritu y deseo expresarlos en estos momentos.

Efectivamente, el haber ocupado la presidencia de esta Academia, representa en la historia de mi vida un alto significado, que ostento con orgullo y ha sido origen de innumerables satisfacciones que ahora se traducen en vehementes manifestaciones de gratitud para ustedes, señores académicos, que me concedieron tan alta distinción, tan relevante honor.

La Academia Nacional de Medicina, durante su larga vida de 84 años, ha sido siempre la más respetable y sabia institución médica del país y han figurado en su seno los hombres que con más prestigio y valer consagraron sus vidas fecundas al ejercicio de la más noble y humana de las profesiones y al cultivo y progreso de las ciencias que estudian y buscan protección a la vida del hombre.

La sola enumeración de aquellos de sus miembros idos para siempre, bastaría para evidenciar el valor de la institución, nombres que en su conjunto forman la tradición, la fuerza moral, el sólido respaldo para nuestra Academia, cuya trascendente misión es no sólo la de mantener en marcha el progreso de las ciencias médicas del país, sino además la de sancionar con su juicio sereno y profundo las corrientes del pensamiento médico

* Leído en la sesión del 4 de febrero de 1948.

actual y ser en todo caso el órgano consultivo más respetable en la materia, de la Sociedad y del Estado.

Es en nuestro claustro académico en el que se expresan y discuten las verdades conquistadas por la ciencia, las teorías y las hipótesis, donde se describen las técnicas y se valoran sus resultados; en una palabra, es aquí donde se escucha la voz de quienes con preocupación y profundo interés, consagran su capacidad y sus energías al estudio y desarrollo de las ciencias médicas, las que entre nosotros reciben cada día mayor impulso y manifiesta superación, hecho que se percibe en todos los aspectos de la Medicina en México, donde cada vez es mayor la tendencia del médico a impartir no únicamente la esmerada y eficiente atención a sus enfermos, sino la de contribuir con su esfuerzo, su estudio y el resultado de sus propias investigaciones, al desarrollo y progreso de la disciplina que cultiva, para hacer de esta manera cada vez más mexicana nuestra ciencia médica, aspecto este último que amerita explicación y comentario especiales, por su trascendente significado.

En efecto, por causas de todos nosotros conocidas y entre las que fundamentalmente figura la pobreza de recursos, en México por muchos años no hicimos otra cosa que seguir de cerca o de lejos las investigaciones y progresos que en el extranjero se realizaban y atónitos conocíamos los grandes descubrimientos que registraba la ciencia, no actuando en ese movimiento sino como simples espectadores y tal vez con un amargo sentimiento de impotencia, conformándonos sólo con estar al tanto de esas realizaciones.

Así pasaron varios años, especialmente aquellos en que se paralizó la vida científica de México a causa de las conmociones de la Revolución y de los sacudimientos de liberación social; pero podemos decir que la Revolución ha terminado y que el saludable sacudimiento que tan fuertemente conmoviera a nuestro pueblo, nos ha legado el sólido cimiento, la base firme sobre la que nuestra Patria se reconstruye y edifica con poderosas energías hacia una ruta de superación incontenible, y así vemos, como he dicho en otras ocasiones, que ahora florecen las más nobles y elevadas expresiones del espíritu en geniales creaciones del arte; se percibe el engrandecimiento de nuestra industria y en el campo de la ciencia fructifican espléndidas manifestaciones; pero dentro de éstas son nuestras ciencias médicas las que en los últimos años han alcanzado mayor auge y desarrollo y radical transformación en sus técnicas, en sus recursos y fundamentalmente en los hombres que las cultivan.

Ya el hospital no se concibe como el asilo miserable a donde sólo se iba a esperar la muerte y en el que únicamente los sentimientos de humana piedad, muy grandes y valiosos de médicos y enfermeras, hacían sentir al enfermo el consuelo de su voz y la caricia de su mano, como en muchas ocasiones lo vimos en hospitales de provincia. No. Ya el hospital comienza a disponer de los medios y recursos que la ciencia actual señala como indispensable para el alivio de los males que sufren los enfermos que allí se alojan. Asimismo, el hospital es cada vez un centro de enseñanza, y cada vez con más posibilidades se transforma en un centro de investigaciones médicas, en las que se ahonda el conocimiento de aquellos males que aquejan a nuestro pueblo con las particularidades que nuestro clima y nuestro suelo imprimen a la enfermedad, y que sólo pueden ser investigadas y conocidas por nosotros, quienes debemos sentir el deber ineludible de no esperar a que las instituciones médicas del extranjero pretendan resolver nuestros propios problemas, cuando es aquí donde contamos con el insustituible material humano que es nuestro pueblo enfermo y la inagotable capacidad de nuestros médicos y de nuestros investigadores.

Es por ello motivo de estímulo, de profunda satisfacción, cómo vemos surgir cada vez más nuevas y eficientes instituciones, nuevos núcleos de trabajo y hombres jóvenes a quienes más preocupa la gloria en la ciencia que la riqueza sin gloria.

Modestos en sus deseos de bienestar económico y con ambiciones sin límite de saber; hombres de ese tipo que cada día vemos en mayor número representativos de su época en la vida de nuestra patria, algún día nos sustituirán en los siales de esta Academia y ocuparán el lugar de los que ahora, como sus maestros, han venido luchando porque ellos y todas las generaciones de médicos e investigadores que les sigan, cuenten con los elementos de trabajo y el clima propicio que les haga convertirse en vital energía que impulse y desarrolle la ciencia médica. Así, en perpetua renovación, nuestra Academia señala hacia el porvenir una trayectoria que puede vislumbrarse desde ahora como la continuación de su ruta ascendente, plena de fecundas y maduras enseñanzas.

Ha terminado un año más en su vida y se inician hoy las labores de un nuevo ejercicio académico. El informe detallado de nuestro valioso y querido secretario Perpetuo, el Dr. Pruneda, que ya han escuchado ustedes, hace innecesario que yo haga mayores comentarios. Sólo me resta entonces hacer a ustedes renovada expresión de mi agradecimiento por el alto honor que se me confirió y manifestar mi complacencia y satisfacción al hacer entrega de la presidencia al Dr. Clemente Robles, merecedor

del honor que se le otorga, tanto por su valor como hombre de ciencia como por su conocida capacidad como hábil cirujano y por sus no menos valiosas cualidades humanas de inteligente, esforzado y dinámico profesionista, de inquebrantable y rígida moral.

Señores académicos: quiero expresar mis más cálidos votos porque las labores del año que se inicia sean fecundas en enseñanzas y resultados, y porque nuestra Academia siga ocupando el privilegiado lugar que merece dentro de las actividades científicas y culturales del país.

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. CLEMENTE ROBLES
AL TOMAR POSESION DE LA PRESIDENCIA DE LA
ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA ***

Con esta fecha, la Academia Nacional de Medicina inicia su octagésimo cuarto años de labores; por voluntad vuestra, señores académicos, me ha tocado ocupar la Presidencia de esta docta Corporación; al hacerlo deseo antes que nada manifestar mi profunda gratitud por el inmerecido honor que me habéis conferido y lleno de vacilación, con timidez no disimulada, veo acercarme al alto sitio que para bien del país y gloria de la Medicina en México ocuparon las recias personalidades que me han precedido, entre las cuales y para no referirme sino a los ya desaparecidos, puedo entre otros nombres mencionar los de Miguel Jiménez, Rafael Lucio, Francisco Ortega, Eduardo Licéaga, José Terrés y Ulises Valdés, que corresponden a hombres que dejaron profunda huella, cuyo ejemplo de maestros constituye todavía inapreciable tesoro que con modestia y amor legaron a las generaciones que hubimos de sucederlos, y cuya alta calidad moral nos llena de legítimo orgullo, inspirándonos confianza para desafiar las adversidades del futuro.

Pequeño y débil he de confesarme para llevar la carga que con tanto brío soportaron tan ilustres varones. Error fué el vuestro al entregármela y si hube de aceptarla, fué confiando en que la laboriosidad, el empeño decidido y el profundo amor a nuestro Colegio, que es lo único que puedo ofrecer, en algo compensan mi carencia de talento superior, vasta cultura o destellos de genio, que a menudo han constituido los mejores atributos de aquellos que antes que yo ocuparon este sitio de honor.

En los 84 años de vida de nuestra Academia, el desarrollo de la Medicina puede calificarse de prodigioso; nuestro arte antes casi empírico, a la luz del pensamiento positivo basado en la observación y la expe-

* Leído en la sesión del 4 de febrero de 1948.

rimentación que como herencia luminosa e imponderable nos dejara Claudio Bernard, se ha transformado no ya en una, sino en toda una familia de ciencias afines. La Higiene, nacida apenas ayer como un profeta en humildísimo establo, tuvo como aquél de Belén sus reyes magos y su estrella rutilante; aquéllos se llamaron Jenner, Pasteur o Koch; ésta selló su destino y marcó su ruta permitiéndole alcanzar en el transcurso de unas cuantas décadas tales latitudes que el horizonte entero quedó pronto dividido en dos mundos distintos: la prevención y el tratamiento de las enfermedades; fué su sino fatal que el crecimiento de una acarrearía el empequeñecimiento de la otra, haciendo posible que desde hoy con mirada alucinada atisbemos el momento, que llegará un día, en que habrá poco que curar puesto que mucho ha sido evitado previniendo. La radiología, más joven todavía, brotó del genio de Röntgen no con los destellos de la chispa sino con la fuerza y la luz cegadora del rayo, convirtiéndose casi de inmediato en la compañera inseparable de la clínica, ya que simplificando los métodos de diagnóstico y ofreciéndoles una precisión hasta entonces no soñada, fué revolucionando la semiología, el diagnóstico y hasta el tratamiento en todas las especialidades: osteología, neumología, cardiología, gastro-enterología y hasta la neurología, dándoles una objetividad y un realismo que nos hacen pensar que el arte del diagnóstico hasta hace 50 años, era algo mejor que al alcance del común de los mortales patrimonio de unos cuantos elegidos. Esta lista de ciencias médicas que apenas nacidas alcanzaron mayoría de edad, podría alargarse fatigosamente. Séame permitido pues, no prolongaría de manera innecesaria.

Naufragado el enciclopedismo a fines del siglo pasado ante el escollo formidable de abarcar conocimientos tan variados, múltiples, amplios y a menudo tan distintos entre sí como la química o la anatomía, modelos de objetividad dentro de las disciplinas científicas, y la psiquiatría, modelo de nebulosidad dentro de lo que pugna por llegar a serlo, se hizo imperativo el nacimiento de las especialidades; al viejo médico general paulatinamente se le fué substituyendo por el especialista.

El advenimiento de las especialidades marcó una nueva etapa, en que merced al principio de la distribución del trabajo se aceleró aún más el progreso. Iniciada en México por Chávez con la creación de su servicio de cardiología en el Hospital General, aún no termina. Nuestra Academia hubo de adaptarse al nuevo estado de cosas y se dividió en secciones que buscan representar a la profesión como un mosaico de especialidades.

Desgraciadamente, el abuso de la especialización, sobre todo de aquella que podríamos llamar prematura, ya que carece de los antecedentes de un

conocimiento amplio y suficiente de lo general, antes de profundizar en lo particular, ha conducido a vicios harto conocidos, dándome la impresión de que de no ser enderezados nos llevarán a una crisis de la cultura médica, de la cual aperecen ya algunos síntomas.

En el seno de esta Corporación estos fenómenos se han traducido por mengua del interés general por lo que aquí acontece, ya que las numerosas sociedades correspondientes a otras tantas ramas especializadas, han ido paulatinamente haciendo anémica la vida de esta Academia; nuestras sesiones poco atraen la atención del gran conglomerado que constituye el mundo médico y, aún cuando nuestro agrupación conserva su alto prestigio, carece a menudo del papel de guía o simplemente de elevada tribuna desde la cual se señale el rumbo o se dé el santo y seña de aquellas conquistas que más puede interesar al práctico militante alejado de centros superiores de investigación y enseñanza.

Urge, a mi modo de ver, vigorizar nuestras actividades, buscando una fórmula de trabajo que permita hacer amplias revisiones de temas de interés general, juntamente con otras que informen a los especialistas de los últimos adelantos, planteando además discusiones que iluminen a los que se inician, mostrándoles los nuevos senderos en que tesón, inteligencia y estudio abrirán las brechas en que florecerán nuestros conocimientos de mañana. Es mi propósito buscar esta fórmula de vida y hacer soplar sobre las tranquilas aguas de esta Academia un tibio viento preñado de juvenil entusiasmo.

La hora del mundo es grave y la de México, en Medicina como en otros aspectos contradictorios, contrasta con un evidente florecimiento de las ciencias médicas, que encuentra su mejor expresión en nuevos centros bien dotados, en que se atiende por igual a la asistencia, la investigación y la docencia, con el estancamiento de nuestro máximo centro de educación médica.

El ejercicio de la profesión se hace confuso, ya que nos aferramos todavía a las viejas normas del ejercicio liberal y tocan a nuestras puertas, hechas ya realidad, algunas reformas sociales que por torpeza o mala dirección no han alcanzado todavía el éxito que merecen. Pese a esto último, no me cabe la menor duda de que una nueva era se acerca. La complejidad creciente de nuestro arte, la formidable multiplicación de su equipo, las fuerzas económicas en juego y el mejor conocimiento de lo que la salud de un pueblo representa en su presente y en su futuro, imponen ya una nueva organización del trabajo profesional, haciéndolo más eficiente, más barato, al alcance de todo mundo, hasta llegar a consagrar a la salud como

un derecho del hombre, asegurado por el hombre mismo, y como la más elevada expresión de amor al prójimo, todo ello, sin menoscabo del decoro, estabilidad y dignidad del médico.

Tiempo ha de transcurrir para llegar a esta meta; sin embargo, la marcha se ha iniciado y seguro estoy de que, como todos los grandes movimientos de la Historia, no podrá ser detenido ni por el egoísmo, ni otra y otras obscuras fuerzas del mal.

Señores académicos, mi permanencia en la presidencia será breve, un año apenas; en este tiempo tan corto poco podré hacer, pero intento dejar un programa elaborado y en marcha iniciando aquellos puntos que sean más factibles; trabajaré con tesón y honestidad; procuraré acrecentar la influencia de nuestra Academia para despertar al máximo el interés de la clase médica del país por todo lo que aquí ocurra o se diga; y llegado el término de mi mandato entregaré la estafeta que vuestra benevolencia ha puesto en mis manos a otras, a no dudarlo harto mejores que las mías, llenas de energía, plenas de confianza en sí mismas y con mejor cultura y acierto para que a su vez, superándose y por medio de cambios sucesivos, pueda la Academia Nacional de Medicina, escalar sus metas, ensanchar sus horizontes, vislumbrar nuevas cimas, contemplar más amplios panoramas y sentir la caricia de otras brisas y hasta quizás la tibieza de otros soles. En ayudar a lograr esto, contando con vuestra cooperación, he empeñado mis mejores anhelos. Si el éxito me acompaña, éste será mi mejor retribución; si por lo contrario, fracaso, podréis exclamar que por aquí pasó un hombre de buena voluntad.